

Del transcurrir del tiempo

Costa sin mar de Jorge Posada

Diana Reza

Desierto de Nebraska. (Fotografía: Carl Iwasaki
/ Time Life Pictures / Getty Images)

ESTRIBAR EN LOS SILENCIOS PRESUNTUOSOS de una cotidianidad arraigada y no dejarlos ir sino aferrarse a ellos como si fuesen el último aliento, la única bala, es entre otras cosas lo que nos da Jorge Posada verso a verso.

Como pasa en las historias apesadumbradas de Wim Wenders, en las cuales el recuerdo es una constante permanente, un punto vértice que desemboca en una situación sorpresiva y los personajes se desenmascaran unos contra otros en un caos avasallador, Posada logra entonces esta similitud. Bien lo decía Éric Rohmer: “Yo no digo cosas en mis películas, muestro gente que habla y se mueve como los paisajes, las caras, los gestos y sus comportamientos”.

Jorge Posada es, de antemano, cinéfilo, un autor abatido en la propia imagen, un *close up* que pareciera no contar con un tiempo, así como escribió el mismo Rohmer en los *Cuentos morales* en donde las acciones que llevan a cabo los individuos desafían su propia identidad y voluntad.

Costa sin mar es un atisbo de escenarios expuestos a contrapelo; basta acercarse al personaje central que desde un inicio encubre su abatimiento por una aberración hacia todo lo que le rodea. Bien puede ser un Travis de *Paris, Texas* hasta un personaje de soliloquio *becketeano*, y esto se aprecia desde un primer plano con su singularidad y patética transmutación, que se convierten en zarpazos atroces de indiferencia.



Posada busca en la paráfrasis al personaje para recaer en su propia voz, y aún así en la simpleza lingüística se esconde una y otra vez de sí mismo. Pero en ese singular toque desmesurado se encuentra una serie de conductas tan vívidas que a su vez se tornan *flashbacks* desgarradores, tal es el caso de un desprendimiento, de un dolor profundo y pueril al mismo tiempo: “Habité la casa hasta destruirla”. Para el poeta, la cotidianidad es un mal necesario, una vehemencia por escupir su engaño, su sombra, el silencio mismo en el cual se ha envuelto aún sin haber cerrado los ojos.

Desde la sequedad de la costa, o lo que es lo mismo un dejo cotidiano sin importancia, el autor se desdén a sí mismo, juntando, pues, cúmulos de arena que recaen en un desorden del tiempo.

Pudieran parecer visibles los fantasmas recurrentes que habitan y se acompañan en *Costa sin mar*, que van desde mujeres de toda índole, que permanecen adjetivadas por la despreciable voz del poeta (pero éste pide al menos mantener presente la imagen viva de cada una de ellas que recaen en una sola), hasta la ensordecida voz recriminatoria de la culpa por el abandono hacia “el otro”, hacia él mismo.

Para el poeta las temáticas circundan sin despojo, no hay reparo, ni conciencia, bien puede hablar a partir de la nada como acto efímero de pluma fuente o bien de un todo devastado por incesto y lo antepone como

un acto vulgar e incluso aplaudible, es entonces que uno como lector cae en una ensordecida duda: ¿es esto poesía?, ¿cómo saberlo si no hay censura en la voz versada? Y continúa el declive al poner en antesala, como advertencia al lector de cierta locura, de una llamarada a punto de apagarse, como lo hace Becket entre líneas:

...diciendo una vez más
si no me enseñas tú no aprenderé
diciendo una vez más existe un último atardecer
de últimas veces
últimas veces de mendigar
últimas veces de amar
de saber no saber simular
un último atardecer de últimas veces de decir
si no me amas nunca seré amado
si no te amo ya no amaré nunca...

Son espasmos, sombras que lo confrontan desde distintos espacios o las mismas cuatro paredes de su habitación corroída: “¿Qué si esto es el paraíso? / ¿Qué si a Dios le detectaron cáncer en los pulmones?” El poeta llega a un punto intimista, a una honestidad que versa en el hallazgo de su propio existir, en la sinrazón enturbiada de la infancia. Ausencias que le vienen como cascadas y es un levantarse línea a línea, sin olvidar siquiera la voz tajante y petulante del padre que apenas y se acuerda de él, recayendo una vez más en el mismo lugar —ya sea un café o una esquina— para volver a repetir la misma historia, la semejanza del patrón controversial de una vida precaria.

El poemario es una especie de *peep show*, una cabina en la que a simple vista del lector aparecen tres escenarios: un presente, el origen y la juventud. Estos

tres actos convergen en un ritmo casual de verso libre, de conversaciones insomnes, de una brecha generacional con un quiebre apabullante de liberación.

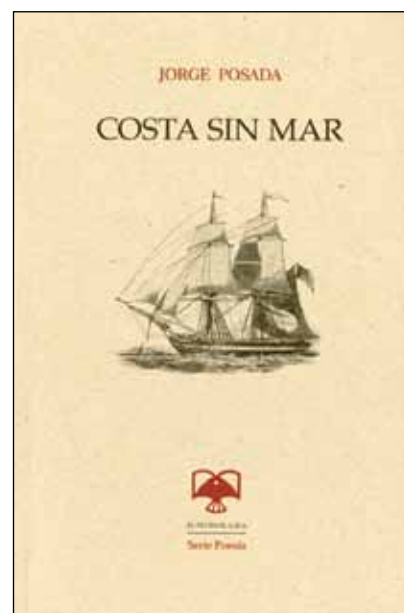
Para Jorge Posada, partir desde la imagen pudiera parecerle un sitio de confort, un espacio recurrente y bien asimilado. La fuerza de cada verso, al igual que Bergman, es una trayectoria que conduce a los personajes hacia sí mismos, hacia su alma y conciencia, haciendo de esto recorridos enigmáticos.

Las costas... de Jorge Posada son delimitadas por largos ramajes, y dentro de éstos existen pequeños sitios a contraluz. Da la sensación de un crepúsculo dudoso, de una noche incierta, de preguntas y respuestas revueltas entre ellas, entre sábanas añejas que huelen a olvido.

Hoteles, cines, esquinas, avenidas, elevadores, lugares sórdidos de paso, de aferramiento corporal, de un deseo transitorio que equivale a cuerpos pululando sobre su propio cuerpo son para el poeta un epifanía llana, una noche de Danae queriendo poseer cual Zeus a cuenta gotas mientras la joven duerme.

Pero *Costa sin mar* va más allá de las ataduras y peroratas responsables, cada poema se transforma en señal incluso para el autor, que al darse cuenta de esto no sabe refugiarse en alguna trinchera y es entonces que dice: “fuimos invisibles / el uno para el otro / pero no desaparecieron nuestros ruidos”. La cotidianidad se vuelve un parteaguas para la voz del poeta. Hay un golpe acelerado como pasa con Breat Easton Ellis en *Menos que cero*, que hasta la ebullición del té es tanta que se le sube a las pestañas el sólo hecho del vapor, y es un ir y venir de imágenes *snuff* y lugares *swingers* que se vuelven una lista interminable de prolongadas noches y nombres en el tintero.

Jorge Posada
Costa sin mar
 México, UAM,
 2012, 48 pp.



La soledad en la que habita es translúcida, una radiografía inhóspita. Los poemas de Jorge Posada son historias abiertas, una forma parecida a la que Raymond Carver nos acercaba en sus relatos y a su vez paradójicamente se nos viene un incipiente ritmo cortazariano escuchando a duras penas a la Maga y a Rocamadour del otro lado de la habitación, son estos atisbos honestos la parte delicada del poeta: “Hubo una época en que no lográbamos dormir / preparábamos té / hacíamos el amor en formas complicadas / nos medicábamos con pastillas / que calmaban elefantes”.

Estos versos no exclusivamente nos llevan a un sitio, a un momento, hay en ellos incluso un tiempo suspendido, un cuerpo a cuerpo reconociéndose, unas miradas que se penetran a media luz y de las cuales el autor no figura nunca desprenderse. Pero en eso viene un girar de tuercas: “Amanezco con temor a los elevadores / a mujeres histéricas porque no tengo casa” ¿A dónde quiere llegar el poeta si rodea por la misma costa conocida?

Costa sin mar muestra no sólo la generación de un autor, sino una convulsión sórdida de una cultura, de un mundo en decadencia como solían mostrarlos en épocas cruciales (tal es el caso de los años ochenta) con el boom del derroche y alteraciones, sexo, droga y rock and roll. Para Jorge Posada, *Costa sin mar* es un espejismo que sigue palpable hoy en día. Es un autor desenfadado y por ende su verso, pese a las circunstancias abismales, es posible ojearlo sin tacto.

El lector encontrará en *Costa sin mar* un bagaje desquiciado, sórdido, mezquino, de una vida precaria, pinceladas de un mar como recuerdo, de una arena que te carcome la entraña a plena luz de día. Cuando los ojos del lector concluyan el libro sabremos, tal vez, a qué le teme el poeta. ■■